



# El Ejército de la Monarquía y el Ejército de la República

por Fabián Vidal

---

EDICIONES ESPAÑOLAS

83/70261

**IV**  
**6402(9)**



C. 2008/1202

CB 9537801

# EL EJÉRCITO DE LA MONARQUÍA Y EL EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA

Tuvimos una República en 1873. Tuvimos otra en 1931. Ambas estuvieron montadas al aire. Cánovas habló, en cierta ocasión, de la Constitución interna de España, que juzgaba anterior y superior a las otorgadas o votadas por las Cortes y sancionadas por los Reyes. Tenía razón. Había un país legal y un país real. El país legal presentaba a Europa una fachada relativamente moderna. El país real conservaba avariento todas las viejas instituciones de la Monarquía patrimonial, donde no había espacio libre para el ciudadano consciente.

\* \* \*

Sin embargo y aunque parezca extraño, una de esas instituciones, el Ejército, evolucionó hacia las formas europeas de la gobernación de los Estados, con una rapidez extraordinaria. La guerra de la Independencia sorprendióle velando las glorias y rumiando los fracasos de la campaña del Rosellón. En tiempos de Carlos IV y de Godoy habíamos invadido a Francia por los Pirineos para vengar a Luis XVI de Borbón, muerto en la guillotina. La República francesa, que luchaba casi con toda Europa, sintió en la espalda el puñal hispano. Dos fuertes columnas, mandadas por los generales Ricardos y Caro, pasaron la cadena fronteriza. La primera llegó a Perpiñán y al Campo de Trullás. La segunda se mantuvo en la línea del Adour. Al principio obtuvieron triunfos de importancia. Dagobert,

el octogenario general francés, fué vencido en campal batalla. Pero como dijo don Fernando de Castro en su «Compendio de Historia Universal», «era imposible sostenerse mucho tiempo contra una nación que multiplicaba sus ejércitos como por ensalmo... y contra unos republicanos que se batían a la desesperada y con un valor invencible». Muerto Ricardos, rechazado Caro al Bidasoa, derrotado en los límites de Navarra y Guipúzcoa el conde de la Unión, los franceses entraron en España. Moncey y Perignon, sus caudillos, llegaron hasta Miranda de Ebro y amenazaron las Castillas. Y fué tan grande el terror de la Corte de Madrid, que pensó refugiarse en América. Hubo que hacer la paz. Se cedieron colonias y se pagaron indemnizaciones. Al cabo de algún tiempo España era un satélite de la República francesa. Y Napoleón, primer Cónsul de ella, mandaba a Godoy como si fuera su criado.

Llegó la guerra de la Independencia. El Ejército, que había visto impasible en apariencia cómo los franceses se apoderaban de nuestras plazas fuertes y cómo el pueblo de Madrid escribía con su sangre la página heroica del Dos de Mayo — sólo hubo tres indisciplinados gloriosos: Daoiz, Velarde y el teniente Ruiz —, no desempeñó en sus innumerables acciones, combates, escaramuzas, batallas y asedios un papel muy brillante. El paisanaje de la ciudad y del campo tuvo que sustituirle. El guerrillero valió más que el veterano del Rosellón. Los Empecinados, Minas, Palareas, Porlieres, Merinos, Renovales, etc. fueron jefes más hábiles y activos que los Blakes, Cuestas y Venegas. La feliz conjunción de las partidas y de los ejércitos ingleses tuvo a raya a los mariscales napoleónicos mientras llegaba la hora decisiva de la victoria de Europa sobre su dominador. Sólo al final de la guerra, las divisiones regulares hispanas alcanzaron la agilidad y la solidez indispensables para afrontar el choque de los vencedores del mundo. Victoria, San Marcial, Tolosa, lo probaron.

Vino Fernando VII, el «manolo indecente», como dijo Castelar. Abolió la Constitución de Cádiz y mandó a presidio a los diputados. El Ejército, que había jurado la Constitución, vió con malos ojos aquella felonía. Y es que muchos de sus jefes y oficiales, hijos de la burguesía ilustrada, creían en el liberalismo.

En España fueron los hombres de carrera — no pocos

eclesiásticos —, los comerciantes ricos, y algunos aristócratas lectores de Voltaire y de Rousseau, de Diderot y del barón d'Holbach, suscriptores de *La Enciclopedia*, los que impusieron a sus compatriotas, en plena lucha de independencia, los inmortales principios doceañistas. El pueblo no los comprendió. ¿Y cómo iba a comprenderlos si no sabía leer y estaba acostumbrado a obedecer a los frailes?

La masonería abrió sus logias, que se llenaron de militares. Y cuando Fernando VII, para vencer a los americanos, separatistas de España, reunió en Andalucía un ejército que debía embarcarse en Cádiz para La Guayra, centenares de oficiales y jefes del mismo se comprometieron a restablecer la Constitución.

Y en Las Cabezas de San Juan, Riego, al frente del batallón de Asturias, dió el grito de libertad, que repitieron Quiroga, Arco-Argüero, López Baños, O. Daly y otros caudillos.

¿Qué hizo el pueblo? Dejarlos aislados. En vano los sublevados resistieron en San Fernando. En vano Riego recorrió Andalucía y llegó hasta Málaga. No le 'hostilizaron, pero no le secundaban tampoco. Y el pronunciamiento hubiera acabado por consunción si algunas guarniciones gallegas no se hubieran levantado para secundarlo.

Fernando VII tuvo miedo. Y restableció la Constitución. Y nombró un ministerio liberal. Los ilustres presidiarios y emigrados del doceañismo salieron de los ergástulos y volvieron del exilio para ocupar ministeriales poltronas, que fueron para ellos, a causa de las traiciones regias, lechos de Procusto. Pero el Monarca, cobarde y felón, luego de lanzar contra los milicianos de Madrid a los perros de presa de su guardia el 7 de julio, pidió auxilio al extranjero como, un siglo después, habían de hacer los reaccionarios de Gil Robles, Franco, Goicoechea y Sanjurjo. Y vinieron los cien mil hijos de San Luis. Y restablecieron el absolutismo y sufrimos el terror blanco. Y Riego subió al cadalso.

El Ejército, mal pagado, purgado de liberales, se vió sustituido por los voluntarios realistas, es decir, por la milicia nacional negra, antecedente histórico del Requeté y la Falange. Dió héroes y mártires a la causa de la Libertad. El Empecinado, Lacy, Vidal, Porlier y otros muchos pagaron con la vida su adhesión a las ideas constitucionales. Torrijos y Manzanares se sacrificaron también.

Mina, Valdés, y con ellos numerosos emigrados, realizaron tentativas heroicas. Y cuando murió el miserable Monarca, y los llamados *apostólicos* intentaron hacer rey al infante Don Carlos, la inmensa mayoría de los militares de carrera reconocieron a la niña Isabel como Reina legítima, y a su madre Cristina de Nápoles, como regente. Y empezó la primera guerra civil.

Vese, pues, que el Ejército español, desde fines del siglo diez y ocho fué liberal, anticlerical, partidario de reformas políticas y adversario declarado del absolutismo. Esa es su tradición. Tradición a la que fuera fiel hasta 1868. Porque el progresismo tuvo siempre en él partidarios entusiastas. Porque Espartero y Prim fueron sus jefes más populares y prestigiosos. Porque se sublevó infinitas veces (ayudado ya por el pueblo de las ciudades, que había ido liberalizándose conforme se desarrollaba la instrucción y se democratizaba la riqueza) contra los moderados y las camarillas palaciegas de Isabel II. Porque después del sangriento fracaso de 1866, derribó el trono de los Borbones al grito de «¡Viva España con honra!».

¿Por qué, a partir de la Gloriosa, volvió la espalda a sus antiguas glorias y no renovó los laureles de Mendigorria, Luchana y Alcolea? ¿Por qué se puso sistemáticamente contra el pueblo, de cuyas libertades políticas fuera heraldo y defensor? Vióse a los hijos de los héroes de la libertad, militares como sus padres, combatir los principios de las Constituciones demócratas. El fermento reaccionario de los convenios de Vergara, las ambiciones insaciables de los espadones («¿Están contentos los Conchas?» — preguntaban en Madrid —), el feroz autoritarismo de Narváez, los cortesanismos de Cheste y Novaliches, habían hecho escuela. La semilla de los Ayacuchos se había perdido en la tierra ingrata de los patios de los cuarteles y campamentos. Y la nueva generación militar, hija de compradores de bienes nacionales, que para hacerse perdonar su pecado se hicieran devotos, no se entusiasmaba con el himno de Riego y oía con devoción los prusianos acordes de la federiquista y exótica Marcha Real.

Cuando Martínez Campos, general de don Alfonso XII, conferenció con el carlista Savalls en Cataluña, le dijo que llevaba puesta sobre su cabeza *media boina*. Y era cierto. La Restauración, pese a los esfuerzos de Cánovas, borró

seis años de la historia española y unió a Sagunto con los últimos meses isabelinos. Y un poeta ripioso, pero expresivo, Leopoldo Cano, pudo leer en una fiesta militar unos versos que terminaban así :

Amigos que sobre nieve  
por el monte habéis cazado  
a unas fieras que han llegado  
hasta el siglo diez y nueve :  
contra esa canalla aleve  
no basta el valor del Cid,  
pues vencidos en la lid  
acometen por doquiera,  
y muertos en la trinchera  
resucitan en Madrid.

Sí. Resucitaron en Madrid. Ya no fueron carlistas, sino alfonsinos y dinásticos. Una minoría no conformista (Lagunero, Merelo, Arolas, Villacampa, Izquierdo) negóse a claudicar. En ella buscó Ruiz Zorrilla, desde la emigración, colaboradores para su protesta armada. Los movimientos de Badajoz, Madrid, Santa Coloma de Farnés, Seo de Urgel y algunos otros menos conocidos, varios de los cuales fueron seguidos de fusilamientos — ¡oh, sombras de Ferrándiz y Bellés! — demostraron que no todo el Ejército había dejado de amar a la libertad, que todavía quedaban militares capaces de jugarse carrera y vida por ideales democráticos.

Pero murió Ruiz Zorrilla. Disolvióse la Asociación Militar Republicana. Vinieron la primera guerra de Melilla y luego los desastres coloniales. Doscientos mil mozos cuyos padres no habían tenido 1,500 pesetas — no valía más una existencia humana bajo la Monarquía borbónica — marcharon a dejar sus huesos en Filipinas y Cuba. Cavite y Santiago fueron los cantos funerales de nuestro imperio colonial. España se quedó sin más posesiones ultrapeninsulares que unos presidios africanos, unos islotes del Golfo de Guinea y los archipiélagos canario y baleárico. El Ejército, vencido, regresó a sus cuarteles descontento de su humillación y su fracaso. Creyóse que se sublevaría contra los Borbones. Algunos republicanos ingenuos vieron en Weyler una esperanza. Hubo conspiraciones, y Salmerón dijo que contaba con guarniciones enteras. Generales y oficiales y

jefes descontentos le ofrecieron sus servicios. Y no pocos de ellos aprovecharon la ocasión para girar letras sobre el Tesoro de la República.

Todo se desvaneció. El Ejército — y al referirnos al Ejército aludimos siempre, de modo exclusivo, al generalato y a la oficialidad — agrupóse en torno del trono. Coronaron a Alfonso XIII. Y Alfonso XIII exigió para sí, desde el primer día, el privilegio de nombrar todos los mandos. Recordemos la dimisión de Maura con motivo del nombramiento, para Jefe de Estado Mayor, del general Loño.

Cobardes y cortesanos los políticos, cedieron tras debilísima resistencia. Y los cuartos de banderas dependieron exclusivamente de Palacio. El Ejército perdió así todo contacto con el pueblo y formó dentro de la nación una casta aparte, un compartimiento estanco. No le importaban las ansias populares. Cuando organizó las célebres Juntas de Defensa, llevóle a tal novedad no sólo un prurito de imitación — en Italia, Grecia y otros países, hubo movimientos análogos — sino el pleito de las recompensas. Las guerras sucesivas del Africa del Norte, del Muluya a Larache, habían sido causa de enormes escándalos e inmoralidades infinitas. Se robaba a la nación con cínica desfachatez. Recordemos el proceso del Millón de Larache y las investigaciones judiciales del general Bazán...

Pero no sólo se la robaba. Se le imponía de Real Orden una larga serie de héroes falsificados cuyas hazañas discutibles eran premiadas con cruces pensionadas y ascensos. Naturalmente, los mejor recompensados se llevaban la parte del león. Y los postergados no se resignaron con lo que consideraban un despojo. Y las Juntas de Defensa, que jamás se preocuparon de los problemas nacionales, y que ametrallaron a los obreros, en agosto del 17, derribaron Gobiernos y concluyeron por tener en La Cierva su delegado gubernamental. Y el Rey fraternizó con ellas.

Llegó el desastre de Annual. Derrumbóse la Comandancia de Melilla. Se sucedieron las escenas vergonzosas. Muchas reputaciones se mancharon de fango. No pocos premiados por valerosos acreditaron condiciones excepcionales para ganar el primer puesto en unas carreras a pie. El expediente Picasso, padrón de ignominia para la oficialidad borbónica — esa oficialidad que había luego de sublevarse contra la República, y que no pudiendo vencer al pueblo llamaría a

italianos y alemanes en su auxilio — pregonó por todos los ámbitos de España la bochornosa realidad de nuestras instituciones armadas.

¿Qué iba a hacer la Monarquía ante peligros tan graves? Annual era Silvestre recibiendo telegramas chulescos del Rey, era Berenguer permitiendo que un subalterno le desobedeciera con reiteración y cinismo. Pero era igualmente, en sus consecuencias, el espectáculo indigno de veinte generales y treinta mil soldados permaneciendo inmóviles en Melilla mientras los moros sitiaban, vendían y asesinaban a tres mil hermanos suyos en el cercano Monte Arruit...

Y lo que sucedió fué lógico. Los dos autores de la catástrofe, el Rey y su Ejército de cortesanos y burócratas inmorales, se pusieron de acuerdo, buscaron a Primo de Rivera y a Sanjurjo y derribaron, de un papirotazo, el artificio constitucional. Y comenzó el período de los Siete Años Indignos.

\* \* \*

Primo de Rivera fué el hombre del Rey en la militarada del 13 de septiembre. Vitórica, nombrado luego Grande de España, con asombro y repulsión de la misma Grandeza — lo que costara el destierro al duque de San Pedro de Galatino — sirvió de agente de enlace del Directorio Militar de Madrid — Tetuán, Cavalcanti, etc. —, con el monarca felón que decía llorando a García Prieto, el «cadáver viviente»: «¡Manolo, te juro por mis hijos que no sabía nada!» al mismo tiempo que encargaba a Martínez Anido que prendiera a Alba, su ministro de Estado. La Constitución se vino a tierra y el pueblo se encogió de hombros, porque estaba convencido de que sólo era una ficción más.

Y el Ejército se repartió los gobiernos civiles, las diputaciones, los ministerios, las subsecretarías, las direcciones generales. Se crearon las Delegaciones gubernativas. Se fundó la Unión Patriótica con renegados y aventureros de todos los campos y de todas las hampas. Los viejos políticos se retiraron a sus tiendas, salvo algunos — Romanones, Álvarez, Villanueva, Sánchez Guerra — que se dedicaron a conspirar. El Rey, medianamente satisfecho de su favorito, procuró reemplazarle con Cavalcanti. Vióse, en un verano, cómo éste iba de puerta en puerta ofreciendo carteras. Hasta

pretendió asegurarse el concurso de un socialista célebre, que le puso como condición la abdicación de don Alfonso.

Primo de Rivera se sostuvo en la Dictadura haciendo milagros de equilibrio. Amenazaba al Monarca con el Ejército, al Ejército con el Monarca y a ambos con la Revolución. Mientras, pasaban los meses y los años, y negociantes de todas layas entraban a saco en el Tesoro Nacional. El déficit tomaba proporciones aterradoras. Calvo Sotelo hacía juegos malabares con las cifras de los presupuestos. Una ola de inmoralidad espantosa se extendía por la Península...

Generales descontentos — Aguilera, Weyler — se ofrecieron a los constitucionalistas. Algún otro como Castro Girona, luego de comprometerse se volvió atrás, porque Primo de Rivera le prometió la Alta Comisaría de España en Marruecos. Hubo conatos como el de la noche de San Juan en Valencia y como la sublevación en Ciudad Real de un regimiento de Artillería. Esta arma, que no se había rebelado nunca, riñó con el dictador y fué disuelta. El Rey, que jurara defenderla, firmó el decreto y se quedó tan tranquilo.

El Ejército, convertido en bandería política, se deshacía y disgregaba. Algunos elementos de él quisieron regenerarlo. Y se tramaron nuevas conspiraciones que tuvieron un carácter más radical. Había dos grupos: el de los que seguían a los constitucionales, que no iban más allá, en ideología, que a la convocatoria de unas Constituyentes, y el de quienes consideraban que sólo la República podía curar los males de la Patria. A la cabeza de estos últimos, por su energía, su audacia y su sinceridad, por su temple heroico, figuraba Fermín Galán, el Capitán de Jaca.

Goded, el siniestro Goded, se unió al primer grupo. Mandaba en Cádiz. Afirmó que iniciaría la sublevación. Pero, hombre de carácter turbio, jugaba con dos barajas. Carteábase con Villanueva y telefonaba a diario al Infante don Carlos, Capitán general de Andalucía, que estaba en Sevilla. Villanueva, exasperado, le envió a Ramón Franco. Vióse Goded en un apuro. Tenía que cumplir sus compromisos y marchar sobre Sevilla. Don Carlos avisó al Rey. Éste despidió a Primo de Rivera, llamó a Berenguer y le confió el difícil encargo de liquidar la Dictadura. Primo de Rivera, despedido, se marchó a París, y allí murió de un colapso. Con su fallecimiento se terminaba un capítulo sensacional de la Historia de España.

Creía don Alfonso, creía Berenguer, que España se contentaría tras los Siete Años Indignos, con el restablecimiento de la Constitución. Se equivocaban. España no olvidaba ni perdonaba. Era ya republicana casi totalmente. El pueblo y la clase media odiaban a la Monarquía y suspiraban por un nuevo régimen de libertad, igualdad y justicia. Fué inútil que el chispazo de Jaca, secundado débilmente en Madrid (y que determinó un paro general en el que participaron más de dos millones de obreros) fuera ahogado por la fuerza. La sangre de Galán y de García Hernández no se derramó en vano. Algunos meses después, unas elecciones municipales tomaban carácter de plebiscito nacional. Huyó el Rey. El comité revolucionario tomó posesión de los ministerios. La República fué proclamada en un risueño día de abril, entre flores, cantos y músicas. Se alzó, como un sol, por su propia fuerza espiritual, sobre el horizonte de España. Y veinte millones de españoles la saludaron con los ojos bañados en lágrimas de alegría.

¿Qué hizo el Ejército? Asombrado, aterrado, calló. No se movió de los cuarteles. La guardia civil, con Sanjurjo, temerosa de las venganzas populares — se sabía odiada — inició la defección. El 16 de abril, a las nueve de la mañana, vióse a todos los generales, jefes y oficiales de la guarnición de Madrid formar larguísima cola en Capitanía para firmar su adhesión al nuevo régimen. Entre los que más madrugaron figuraban los Berengueres y Cavalcanti. Martínez Anido, fugitivo de España, presentóse a un consulado español de Francia para declararse también republicano y poder seguir cobrando sus sueldos.

¿Se iba a reconciliar el Ejército con la Nación? ¿El generalato y la oficialidad borbónicos se acordarían de que eran españoles? Muchos lo creyeron. Después de todo, la tradición de nuestras instituciones armadas se unía al principio liberal, y miles de militares habían muerto por la emancipación política del país. Las sombras de Daoiz, Velarde, Riego, Mina, El Empecinado, Lacy, Vidal, Porlier, Torrijos, Manzanares, Espartero, Prim, Linaje, Chapalanga, Moriones, Villacampa, Mangada, Ferrándiz, Bellés, Galán, García Hernández, se alzaban sobre los cuarteles, evocadoras. ¿Por qué no podría volverse a los tiempos en que el Ejército y el Pueblo se unían contra el absolutismo?

El idilio entre el Ejército y la República duró lo que duran las rosas: «el espacio de una mañana», como dicen los franceses. Y era natural que ocurriera así. La República simbolizaba al Pueblo ansioso de reformas políticas y sociales. El Ejército seguía siendo la representación armada y uniformada de todo lo viejo, corrompido y caduco. No se había democratizado. Las Academias militares, celosas guardadoras del principio de la unidad de procedencia, fueron cotos cerrados donde sólo podían cazar unos millares de familias. Segovia, Valladolid, Guadalajara, Ávila, Toledo, se mostraban sistemáticamente hostiles al alumno que no llevaba un apellido con antecedentes en el Anuario. Únicamente los hijos, los nietos y sobrinos de jefes y oficiales encontraban benignidad y aun complicidad a la hora de los exámenes de ingreso. Se atendía a la casta y no al talento y a la salud física. Claro es que resultaba imposible oponerse de modo descarado a la admisión de un joven burgués estudioso, sano y listo. Pero la cadetada se convertía para él en una carrera de obstáculos. Necesitaba plegarse mucho al ambiente, mostrarse dúctil y lleno de buena voluntad y probar con actos que aceptaba de antemano el ideario y los prejuicios de la colectividad a que pretendía pertenecer. Sólo así se le abrían de veras las puertas de la promoción y se le garantizaba la entrada en el cuerpo de oficiales.

Y ese cuerpo de oficiales era excesivamente numeroso. El Ejército de la Monarquía española tenía más tenientes primeros y segundos, capitanes y comandantes, tenientes coroneles y coroneles que sus homónimos francés y alemán antes de la Gran Guerra. En lo relativo a los generales, la abundancia era más escandalosa todavía. Hubiérase dicho que España estaba en la América de las Republicuillas donde el caudillismo prodiga los grados y donde no hay persona de alguna significación, posición o relieve, que no ostente cargos militares de categoría o que no luzca el birrete y las borlas del doctorado civil.

¡Grotesco, lamentabilísimo espectáculo! Para ochenta mil soldados, cabos, sargentos y brigadas, nominalmente en filas, había veinte mil jefes y oficiales y dos mil generales, por lo menos. El escalafón consumía casi todo el presupuesto

de guerra. (En Marina sucedía igual.) Se iban los millones en sueldos y cruces. No quedaba apenas para material, para haber y alimentación del soldado, para cuarteles y hospitales, para campos de instrucción, para armamento, para fortificaciones, para maniobras, para prácticas de tiro, para cuanto es indispensable, si se quiere que un ejército tenga eficiencia, interior satisfacción, cultura técnica, disciplina sólida y no prendida con alfileres, cuadros eficaces y mandos aptos.

El Gobierno provisional de la República nombró ministro de la Guerra a don Manuel Azaña. Don Manuel Azaña había hecho estudios hondos acerca de la organización de los Ejércitos europeos. Tenía traducidas obras de dicha especialidad. Esperábase de él que reformase, con energía no exenta de prudencia, nuestras instituciones armadas. Y no defraudó las esperanzas que en su actuación ministerial pusiera el País.

Día tras día, durante algunas semanas, se sucedieron los decretos. Azaña, desde la *Gaceta*, cortaba, podaba, injertaba el árbol demasiado frondoso, cargado de hojarasca inútil y de muertas ramas, del Ejército nacional. Primeramente, disminuyó el número de oficiales. Cuantos quisieron marcharse hallaron puerta franca y puente, no de plata, sino de oro. Se les dió el retiro con todo el sueldo. Fueron varios miles los que aprovecharon la ocasión. No podían quejarse de la República. Les quedaba un pasar decente para toda la vida y podían entregarse, de lleno, a actividades retribuidas de orden civil y privado.

Luego, se refundieron las divisiones y se transformaron en unidades orgánicas. Desaparecieron los batallones esqueléticos, los regimientos de doscientos hombres, los escuadrones de treinta jinetes. Cada cuerpo tuvo el contingente reglamentario. Cada oficial y cada jefe dispusieron de los soldados que según la Ley constitutiva debían tener a sus órdenes. Las maniobras se efectuaron con arreglo a supuestos tácticos que podían ser desarrollados sobre el terreno, con los necesarios efectivos y en condiciones de absoluta normalidad.

Sin embargo, el Ejército no estaba satisfecho. Los retirados sentían la nostalgia del cuarto de banderas. Se iniciaron conspiraciones. Las discusiones del Estatuto de Cataluña y de la Reforma Agraria estimularon a los descontentos. Se hablaba corrientemente en Madrid de que cual-

quiera noche la guarnición saldría de los cuarteles, disolvería el Parlamento y nombraría un Dictador. El Gobierno buscaba en la sombra a sus enemigos y no sabía de quién fiarse. Una mañana, en Carabauchel, hubo graves incidentes. Goded, jefe del Estado Mayor, ante los jefes y oficiales de la división madrileña, brindó «por España y por nada más, por nada más». El coronel Mangada increpólo violentamente y pisoteó su uniforme, que consideró deshonrado.

Azaña hizo dimitir a Goded. Luego pasó revista a las tropas. Los cadetes de Toledo le ovacionaron. Mas los conspiradores siguieron adelante en sus trabajos. Creían disponer de la mayoría de las guarniciones. Cavalcanti, Fernández Pérez, Barrera y otros generales se comprometieron a asaltar el ministerio de la Guerra. Goded se mantuvo expectante. Franco, también.

Llegó la noche del 10 de agosto. El Gobierno, con sólo unas compañías de guardias de Asalto, venció en Madrid a los sublevados, que demostraron aturdimiento, desorden y cobardía. Sanjurjo sublevóse en Sevilla, pero al saber el fracaso del movimiento madrileño, aquella guarnición le abandonó y fué detenido en Huelva cuando huía a Portugal. Barrera no pudo insurreccionar a los regimientos de Pamplona. Las fuerzas de caballería de Alcalá se volvieron en mitad del camino. Otras se negaron a salir de sus cuarteles y cantones.

La República se mostró generosa. No fusiló a nadie.

Sanjurjo, condenado a muerte, vió conmutada su pena. Otros generales y jefes presos fueron juzgados con benignidad. «No queremos hacer mártires», dijeron los Ministros y su Presidente, don Manuel Azaña. El país aplaudió.

Pero los vencidos no agradecieron tan inesperada clemencia. Siguieron conspirando, y la subida al poder de las derechas y el movimiento de octubre dióles ocasión para, con Gil Robles, Franco y Goded, instalarse en el Palacio de Buena Vista. Una amnistía amplísima había devuelto la libertad a los presidiarios de agosto. Salieron de las prisiones para cobrar los sueldos atrasados y para dirigir la represión de Barcelona y de Asturias. El Tercio y los moros hollaron el antiguo Principado. Y se cometieron en éste horrores increíbles. El trágico octubre fué el prólogo de la guerra civil.

Triunfó el pueblo de nuevo, luchando en la oposición

con el gobierno nicetista, con los millones de la Ceda, con las comisiones municipales que substituyeran en toda España a los Ayuntamientos del 12 de abril, con el caciquismo, con los atropellos de la fuerza pública, con la presión de los elementos patronales. El Frente Popular logró la mayoría y Azaña fué otra vez Presidente del Consejo. Luego se ha sabido, por boca del jefe del ministerio que hizo las elecciones, Portela Valladares, que se intentó un golpe militar, con anuencia del jefe del Estado, señor Alcalá Zamora. Franco, Goded, Barrera, Yagüe, Queipo, Varela y otros quisieron hacer en febrero lo que luego realizaron en julio. Fracasaron porque no tuvieron las necesarias colaboraciones. Pero desde aquel momento, el Régimen vivió rodeado de peligros mortales.

Las derechas no se resignaron con la derrota. Y organizaron el sabotaje del orden público. Inundaron a España de agentes provocadores, recurrieron al atentado personal, asustaron al pacato burgués, envenenaron las huelgas. Seguían la táctica empleada con éxito clamoroso por el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania. Pero los republicanos auténticos y los obreros organizados vigilaban arma al brazo. No era fácil sorprenderlos, ni menos dispersarlos. Había que apelar a los grandes medios. Y Sanjurjo fué a Berlín. Y Goicoechea, a Roma. El partido del privilegio y la casta militar, no seguros de sus esfuerzos, recurrieron al extranjero y pusieron a España en venta. La traición que nos ha traído luego ejércitos invasores consumóse mucho antes de que Franco fuera a Tetuán y Goded a Barcelona.

\* \* \*

Estalló la militarada. Fué vencida, milagrosamente, en el Norte, salvo Oviedo, Vitoria y Pamplona; en Madrid y sus cantones; en Cataluña, en Levante, en Extremadura, en Castilla la Nueva, en Málaga, en Murcia y en parte de Andalucía Oriental. La marinería y las clases de la Armada dominaron la rebelión de sus jefes y oficiales. La República venció. El pueblo se imponía audazmente a las instituciones armadas, desleales, indisciplinadas, olvidadas de su juramento solemne. Pero entonces las democracias, asustadas, extraviadas, desorientadas, cometieron un crimen monstruo-

so. Ese crimen monstruoso tuvo un nombre: Pacto de No Intervención.

Francia nos negó las armas que tenía la obligación de vendernos según tratados recientes. Inglaterra apoyóla en su actitud. Y a la vez Italia, Alemania y Portugal se pusieron descaradamente al lado de Franco, jefe de los sublevados por la muerte de Sanjurjo en Lisboa y por el fusilamiento en Barcelona de Manuel Goded.

Y vinieron de África los regulares indígenas y el Tercio. Y una aviación numerosa y flamante destruyó a nuestros pobres aviones anticuados. Y cayeron Huelva, Mérida, Badajoz, Irún y San Sebastián. Y Yagüe y Varela iniciaron su Marcha sobre Madrid pasando por Toledo, donde resistía Moscardó dentro del Alcázar.

¿Qué podíamos oponer a la invasión africana y al material italiano y alemán? Milicias sindicales y políticas con pocos fusiles, con escasas municiones, con poquísimas ametralladoras que se encasquillaban a cada disparo, con un número ridículo, por lo pequeño, de cañones. Carecíamos de aviación, de cuadros de mando, de subalternos, de disciplina. Intentábamos suplirlo todo con entusiasmo, buena voluntad y bravura ciega. Pero la guerra exige mucho más. Y sufrimos derrota tras derrota. Cayeron Talavera, Santa Olalla, Torrijos, Toledo, Illescas, Navalcarnero, Leganés, los Carabancheles mismos. Varela invadió con sus moros la Casa de Campo. Se peleó en la Plaza de la Moncloa y en el Paseo de Rosales. Parecía que Madrid y la República estaban perdidos.

\* \* \*

Pero había empezado a constituirse un Ejército. Las brigadas internacionales, formadas por voluntarios llegados de todas las partes del mundo, sirvieron de núcleo. Poco a poco acentuóse la evolución. Abrióronse escuelas de oficiales. Llegó material moderno en cantidades satisfactorias. Aravaca, Arganda, La Alcarria, Pozoblanco, demostraron los progresos que hacíamos en el camino áspero de la disciplina, madre de la militar eficacia. Cayó Málaga, pero esta pérdida dolorosa fué compensada con éxitos brillantes en el teatro central de la guerra. Y Franco, desesperado de tomar a Madrid, dedicó ocho meses a la conquista del Norte.

Ocho meses de dolor, pero también de respiro y de trabajo fecundo. El martirio de Vizcaya, Santander y Asturias nos dió tiempo suficiente para formar nuevas divisiones activas previstas por el Ministro de Defensa y el Estado Mayor Central. Brunete y Belchite fueron ensayos alentadores. Y cuando los rebeldes, caída al fin la heroica Asturias, quisieron volverse contra Aragón y Madrid, la batalla de Teruel, operación admirable preparada en silencio, realizada con brío y coronada por una magnífica victoria, probó al mundo estupefacto que la República española ya no podía perder la guerra y que la había comenzado a ganar.

\* \* \*

Tenemos ya un Ejército, un Ejército español y republicano, salido de las entrañas fecundas del Pueblo, un Ejército que no sabe de castas ni de clases; un Ejército leal y adicto, un Ejército que aprendió a obedecer, luchar y triunfar; un Ejército que confunde en un mismo odio y un mismo desprecio a los traidores de dentro y a los invasores exóticos. A ese Ejército han confiado España y la República la misión sublime de salvar la independencia y la libertad, de conservar una patria digna y bella a las futuras generaciones españolas. Y ese Ejército irá muy pronto a las provincias esclavas, donde millones de hermanos nuestros gimen bajo un yugo oprobioso y tiránico y las redimirá, y honrará las cenizas de los innumerables mártires sacrificados por el fascismo sanguinario, y limpiará de ruinas el suelo nacional...

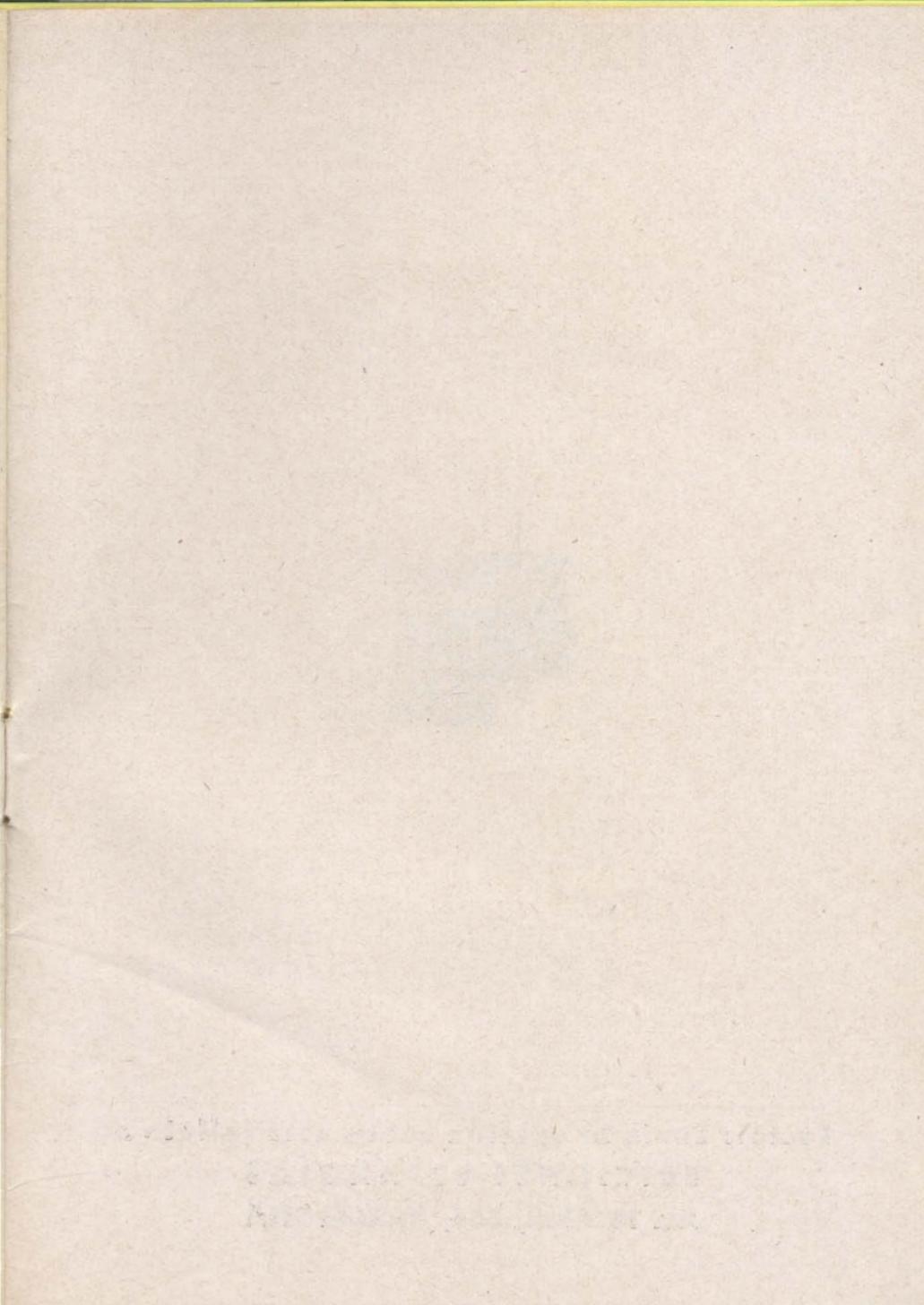
El Ejército republicano es España. España con sus tradiciones y sus glorias y sus monumentos artísticos y sus empresas inmortales y su lengua rica y sonora y sus pintores, sus poetas, sus músicos, sus novelistas, sus científicos y también sus infinitas legiones de trabajadores del campo y de la ciudad, humanas hormigas laboriosas, cuyo trabajo fecundo costeara los ocios y los lujos de una minoría privilegiada y estéril. Todos estamos representados en sus batallones, brigadas, divisiones, escuadrones y baterías. Es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Para levantarle y organizarlo dimos lo más joven, lo más fuerte, lo más noble de la Nación.

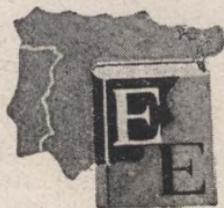
Y tiene enfrente otro Ejército. Otro Ejército de salvajes de África, de mercenarios italianos, alemanes y portugueses, de heces de presidio y de señoritos acostumbrados a vivir la vida del garito, la taberna y el prostíbulo. Y lo completan los restos de la odiada guardia civil, y muchos miles de pobres muchachos, arrancados a la fuerza de sus hogares, que están espiritualmente con nosotros y que no son otra cosa que rebaños empujados a palos a la muerte.

¿Cómo no ha de vencer el Ejército Republicano, el Ejército Español, a esa amalgama híbrida, que ningún ideal ilumina, que ninguna aspiración patriótica defiende?

El Ejército faccioso es la Tiniebla; el Ejército republicano, la Luz. Y el día vence siempre a la noche. Y el Sol disipa siempre también, con sus rayos de oro, la lóbrega oscuridad de crímenes.







---

**Lector: Envía tu opinión sobre este folleto a  
EDICIONES ESPAÑOLAS  
Av. 14 Abril, 556, BARCELONA**